

Desperté de un sueño profundo para encontrar dos formas envueltas en negro, de pie, en silencio, a mi lado, con sus rostros pálidos y borrosos en la oscuridad. Mientras parpadeaba para aclarar mis ojos nublados por el sueño, uno de ellos me hizo una seña con impaciencia y de repente me di cuenta del propósito de esta convocatoria de medianoche. La esperaba desde hacía años, desde que mi padre, el barón Kralitz, me reveló el secreto y la maldición que se cernía sobre nuestra antigua casa. Y así, sin decir palabra, me levanté y seguí a mis guías mientras me conducían por los lúgubres pasillos del castillo que había sido mi hogar desde mi nacimiento.

Mientras avanzaba apareció en mi mente el rostro severo de mi padre, y en mis oídos resonaron sus solemnes palabras mientras me hablaba de la legendaria maldición de la Casa de Kralitz, el secreto desconocido que le era impartido al hijo mayor de cada generación.

—¿Cuándo? —le había preguntado a mi padre mientras yacía en su lecho de muerte, luchando contra la proximidad de la disolución.

—Cuando seas capaz de entender —me había dicho, observando mi rostro atentamente desde debajo de sus espesas cejas blancas—. A algunos se les cuenta el secreto antes que a otros. Desde el primer barón Kralitz, el secreto se ha transmitido de generación en generación...

Se agarró el pecho y se detuvo. Pasaron cinco minutos antes de que reuniera fuerzas para hablar de nuevo con su voz poderosa y ondulante. ¡Nada de confesiones jadeantes en el lecho de muerte para el barón Kralitz!

Dijo finalmente:

—Has visto las ruinas del antiguo monasterio cerca del pueblo, Franz. El primer barón lo quemó y pasó a espada a los monjes. El abad interfirió con demasiada frecuencia en los caprichos del barón. Una muchacha buscó refugio y el abad se negó a entregarla ante la exigencia del barón y su paciencia estaba llegando a su fin; ya conoces las historias que todavía se cuentan sobre él.

»Mató al abad, quemó el monasterio y se llevó a la chica. Antes de morir, el abad maldijo a su asesino y a sus hijos durante generaciones no nacidas. La naturaleza de esta maldición es el secreto de nuestra casa.

»Puede que no te diga cuál es la maldición. No busques descubrirla antes de que te la

revele. Espera pacientemente y, a su debido tiempo, los guardianes del secreto te llevarán escaleras abajo hasta la caverna subterránea. Entonces aprenderás el secreto de Kralitz.

Cuando la última palabra salió de los labios de mi padre, murió, con su rostro severo todavía marcado por sus líneas duras.

Sumido en lo profundo de mis recuerdos, no había notado el camino, pero ahora las formas oscuras de mis guías se detuvieron junto a un hueco en la losa de piedra, donde una escalera que nunca había visto durante mis paseos por el castillo conducía a profundidades subterráneas. Me condujeron escaleras abajo y pronto me di cuenta de que había una especie de luz: un resplandor tenue y fosforescente que no provenía de ninguna fuente reconocible, y que parecía ser menos luz real que el acostumbramiento de mis ojos a la oscuridad.

Descendí durante mucho tiempo. La escalera giraba y se retorció en la roca, y las formas que se balanceaban delante eran mi único alivio de la monotonía del interminable descenso. Por fin, en las profundidades del subsuelo, la escalera terminó y miré por encima de los hombros de mis guías hacia la gran puerta que cerraba mi camino. Estaba toscamente cincelada en piedra sólida, y sobre ella había grabados curiosos y extrañamente inquietantes, símbolos que no reconocí. Se abrió, pasé y me detuve, mirando a mi alrededor a través de un mar gris de niebla.

Me encontraba en una suave pendiente que se perdía en la distancia oculta por la niebla, de la que surgía un pandemonium de gritos ahogados y chillidos agudos y estridentes, vagamente parecidos a una risa obscena. Formas oscuras, medio vislumbradas, aparecieron a través de la bruma y desaparecieron de nuevo, y grandes sombras vagas pasaron sobre nuestras cabezas con alas silenciosas. Casi a mi lado había una larga mesa rectangular de piedra, y en ella estaban sentadas dos veintenas de hombres, mirándome con ojos que brillaban apagadamente desde sus profundas cuencas.

Mis dos guías ocuparon silenciosamente sus lugares entre ellos.

De repente la espesa niebla empezó a disiparse. Fue arrastrada irregularmente por el soplo de un viento helado. Los confines más lejanos y oscuros de la caverna quedaron revelados cuando la niebla se disipó, y me quedé en silencio, presa de un miedo poderoso y, extrañamente, de un estremecimiento de deleite igualmente potente e inexplicable. Una parte de mi mente parecía preguntar: «¿Qué horror es este?» Y otra parte susurraba: «¡Conoces este lugar!»

Pero nunca podría haberlo visto antes. Si me hubiera dado cuenta de lo que había debajo del castillo nunca podría haber dormido por la noche. Porque, de pie, en silencio, mientras oleadas contradictorias de horror y éxtasis corrían a través de mí, vi

a los extraños habitantes del mundo subterráneo.

¡Demonios, monstruos, cosas innombrables! Colosos de pesadilla caminaban rugiendo a través de la oscuridad, y cosas grises y amorfas, como babosas gigantes, caminaban erguidas sobre patas rechonchas. Criaturas de pulpa blanda e informe, seres con ojos llameantes esparcidos sobre sus cuerpos deformes como el legendario Argus, se retorcían en el resplandor maligno. Cosas aladas que no eran murciélagos se abalanzaban y revoloteaban en el aire tenebroso, susurrando... susurrando... con voces humanas.

A lo lejos, al pie de la pendiente, podía ver el frío brillo del agua, un mar escondido y sin sol. Formas afortunadamente casi ocultas por la distancia y la penumbra jugueteaban y lloraban, perturbando la superficie del lago, cuyo tamaño sólo podía conjeturar. Una cosa aleteante, cuyas alas coriáceas se extendían como una tienda de campaña sobre mi cabeza, se abalanzó y flotó por un momento, mirándome con ojos llameantes, y luego salió disparada y se perdió en la oscuridad.

Y todo el tiempo, mientras me estremecía de miedo y odio, dentro de mí estaba este júbilo maligno, esta voz que susurraba: «¡Conoces este lugar! ¡Pertenesces aquí! ¿No es bueno estar en casa?»

Miré detrás de mí. La gran puerta se había cerrado silenciosamente y escapar era imposible. Entonces el orgullo vino en mi ayuda. Yo era un Kralitz. ¡Y un Kralitz no reconocería el miedo ante el mismísimo diablo!

Di un paso adelante y me enfrenté a los guardias, que todavía estaban sentados, mirándome atentamente con ojos en los que parecía arder un fuego latente. Luchando contra un miedo loco de encontrar ante mí una serie de esqueletos descarnados, me acerqué a la cabecera de la mesa, donde había una especie de tosco trono, y miré de cerca a la figura silenciosa a mi derecha.

No era un cráneo desnudo lo que miraba, sino un rostro barbudo y de una palidez mortal. Los labios curvos y voluptuosos eran carmesí, casi parecían pintados de rojo, y los ojos apagados me miraban sombríamente. Una agonía inhumana se había grabado en profundas líneas en el rostro pálido, y una angustia persistente ardía en los ojos hundidos. No creo que pueda transmitir la absoluta extrañeza, la atmósfera sobrenatural que lo rodeaba, casi tan palpable como el fétido hedor a tumba que brotaba de sus ropas oscuras.

Agitó un brazo envuelto en negro hacia el asiento vacío en la cabecera de la mesa y yo me senté.

¡Pesadilla de irrealdad! Parecía estar en un sueño, con una parte oculta de mi mente despertando lentamente del sueño a la vida malvada para tomar el mando de mis

facultades. La mesa estaba puesta con copas y platos anticuados que no se habían utilizado durante cientos de años. Había carne en las bandejas y licor rojo en las copas enjovadas. Una fragancia embriagadora y abrumadora nadó hasta mis fosas nasales, mezclada con el olor a tumba de mis compañeros y el olor a humedad de un lugar sin sol.

Todos los rostros blancos se volvieron hacia mí, rostros que me parecían extrañamente familiares, aunque no sabía por qué. Cada rostro era parecido en sus labios sensuales, de color rojo sangre, y en su expresión de agonía. Ojos negros, ardientes como los abismales pozos del Tártaro, me miraron fijamente hasta que sentí erizarse los pelos de mi nuca. Pero... ¡yo era un Kralitz! Me levanté y dije con audacia en un alemán arcaico que de alguna manera salió familiarmente de mis labios:

—Soy Franz, el vigésimo primer barón Kralitz. ¿Qué quieren de mí?

Un murmullo de aprobación recorrió la larga mesa. Hubo un gran revuelo. De la cabecera de la mesa se levantó un hombre enorme y barbudo, un hombre con una cicatriz espantosa que convertía el lado izquierdo de su rostro en un horror de tejido blanco. De nuevo me recorrió el extraño escalofrío de familiaridad. Había visto ese rostro antes, vagamente, en la penumbra del crepúsculo.

El hombre habló en un viejo alemán gutural.

—Te saludamos, Franz, barón Kralitz. Te saludamos y juramos, Franz... ¡Juramos por la Casa de Kralitz!

Dicho esto, tomó la copa que tenía delante y la sostuvo en alto. A lo largo de la mesa se levantaron los vestidos de negro, y cada uno levantó su copa enjovada y me saludó. Bebieron profundamente, saboreando el licor, y yo hice la reverencia que exigía la costumbre. Dije, con palabras que surgieron casi espontáneamente de mi boca:

—Os saludo a vosotros, que sois los guardianes del secreto de Kralitz.

A mi alrededor, hasta los confines más lejanos de la oscura caverna, se hizo el silencio. Ya no se oían los bramidos, los aullidos ni las risitas dementes de los seres voladores. Mis compañeros se inclinaron hacia mí, expectantes. Levanté mi copa y bebí. El licor era embriagador, estimulante y con un sabor ligeramente salobre.

De repente supe por qué el rostro atormentado por el dolor de mi compañero me había parecido familiar. Lo había visto a menudo entre los retratos de mis antepasados, el rostro desfigurado y ceñudo del fundador de la Casa de Kralitz que miraba desde la penumbra del gran salón. En esa feroz luz blanca de la revelación, reconocí a mis compañeros tal como eran. Los reconocí, uno por uno, recordando sus homólogos de lienzo. ¡Pero había un cambio! Como un velo impalpable, el sello de un mal

indestructible yacía en los rostros torturados de mis anfitriones, alterando extrañamente sus rasgos, de modo que no siempre podía estar seguro de reconocerlos. Un rostro pálido y sardónico me recordó a mi padre, pero no podía estar seguro, tan monstruosamente alterada estaba su expresión.

Estaba cenando con mis antepasados: ¡la Casa de Kralitz!

Mi copa todavía estaba en alto y la apuré, porque de alguna manera la sombría revelación no fue del todo inesperada. Un extraño brillo corrió por mis venas y me reí a carcajadas por el maligno deleite que había en mí.

Los demás también se rieron, una alegría ahogada como el ladrido de los lobos: risas torturadas de hombres tendidos en el potro, risas locas en el infierno. ¡Y por toda la brumosa caverna llegó el clamor de la prole del diablo! Grandes figuras que se alzaban a muchos metros de altura se balanceaban con atronadora alegría, y las cosas voladoras reían disimuladamente en lo alto. Y por la vasta extensión se esparció una ola de espantosa alegría, hasta que las cosas medio visibles en las aguas negras lanzaron fuelles que desgarraron mis tímpanos, y el techo invisible, muy arriba, devolvió los ecos rugientes del clamor.

Y me reí con ellos, me reí como un loco, hasta que me dejé caer, exhausto, en mi asiento, y observé al hombre con cicatrices al otro extremo de la mesa mientras hablaba.

—Eres digno de estar en nuestra compañía y digno de comer en la misma mesa. Nos hemos comprometido mutuamente y tú eres uno de nosotros; comeremos juntos.

Y desgarrando como bestias hambrientas la succulenta carne blanca en los platos enojados. Monstruos extraños nos sirvieron, y al sentir un toque helado en mi brazo, me volví y encontré una cosa espantosa de color carmesí, como un niño desollado, llenando mi copa. Extraña, extraña y absolutamente blasfema fue nuestra fiesta. Gritábamos, reíamos y nos alimentamos bajo la luz brumosa, mientras a nuestro alrededor tronó la horda maligna. Había un infierno debajo del castillo Kralitz, y esa noche se celebraba un gran carnaval.

Luego cantamos una feroz canción de bebida, balanceando las copas hacia adelante y hacia atrás al ritmo de nuestro canto. Era una canción arcaica, pero las palabras obsoletas no fueron un obstáculo, porque las pronuncié como si las hubiera aprendido en las rodillas de mi madre. Y al pensar en mi madre, un temblor y una debilidad me invadieron bruscamente, pero los disipé con un trago de aquel licor embriagador.

Gritamos, cantamos y nos divertimos durante mucho tiempo en la gran caverna, y después de un tiempo nos levantamos y nos dirigimos en tropel hacia donde un puente estrecho y de altos arcos cruzaba las tenebrosas aguas del lago. No puedo hablar de lo

que había al otro extremo del puente, ni de las cosas innombrables que vi... ¡y que hice!

Aprendí sobre los seres fungoides e inhumanos que habitan en el lejano y frío Yuggoth, sobre las formas ciclópeas que acompañan al insomne Cthulhu en su ciudad submarina, sobre los extraños placeres de los seguidores del leproso y subterráneo Yog-Sothoth, y también aprendí sobre la adoración de Iod, la Fuente, más allá de las galaxias exteriores. Sondeé los pozos más negros del infierno y regresé riendo. Yo era uno con el resto de esos guardianes oscuros, y me uní a ellos en las saturnales de horror hasta que el hombre con cicatrices nos habló de nuevo.

—Nuestro tiempo se acorta —dijo, con su rostro blanco, barbudo y lleno de cicatrices, como el de una gárgola en la penumbra—. Pronto debemos partir. Pero eres un verdadero Kralitz, Franz, y volveremos a encontrarnos, a festejar y divertirnos durante más tiempo del que crees. ¡Un último saludo!

Se lo dí a él.

—¡A la Casa de Kralitz! ¡Que nunca caiga!

Y con un grito exultante apuramos el licor ardiente.

Entonces me invadió una extraña lasitud. Con los demás le di la espalda a la caverna y a las formas que hacían cabriolas, bramaban y se arrastraban por allí, y subí a través del portal de piedra tallada. Subimos las escaleras en fila, subiendo y subiendo, sin cesar, hasta que al fin salimos por el enorme agujero en las losas de piedra y continuamos, una compañía oscura y silenciosa, de regreso a través de esos interminables pasillos. Los alrededores comenzaron a volverse extrañamente familiares y de repente los reconocí.

Estábamos en las grandes criptas situadas debajo del castillo, donde fueron enterrados ceremoniosamente los barones Kralitz. Cada barón había sido colocado en su ataúd de piedra en su cámara separada, y cada cámara estaba, como cuentas en un collar, adyacente a la siguiente, de modo que procedíamos desde las tumbas más alejadas de los primeros barones Kralitz hacia las bóvedas desocupadas. Según una costumbre inmemorial, cada tumba permanecía desnuda, como un mausoleo vacío, hasta que llegaba el momento de su uso, cuando el gran ataúd de piedra, con la inscripción conmemorativa tallada en él, era llevado a su lugar. De hecho, era apropiado que el secreto de Kralitz estuviera escondido aquí.

De repente me di cuenta de que estaba solo, salvo por el hombre barbudo con la cicatriz. Los demás habían desaparecido y, en lo más profundo de mis pensamientos, no los había echado de menos. Mi compañero extendió su brazo envuelto en negro y detuvo mi avance. Me volví hacia él inquisitivamente. Dijo con su voz sonora:

—Debo dejarte ahora. Debo regresar a mi propio lugar.

Y señaló el camino por donde habíamos venido.

Asentí, porque ya había reconocido a mis compañeros tal como eran. Sabía que cada barón Kralitz había sido enterrado en su tumba, sólo para levantarse como una cosa monstruosa, ni muerta ni viva, para descender a la caverna de abajo y participar en las malvadas saturnales. También me di cuenta de que al acercarse el amanecer habían regresado a sus ataúdes de piedra, para yacer en un trance parecido a la muerte hasta que el sol poniente les trajera una breve liberación. Mis propios estudios ocultistas me habían permitido reconocer estas terribles manifestaciones.

Hice una reverencia a mi compañero y habría seguido mi camino hacia las partes superiores del castillo, pero él me cerró el paso. Sacudió la cabeza lentamente, su cicatriz era horrible en la oscuridad fosforescente.

—¿Puedo irme ahora? —dije.

Me observó con ojos torturados y ardientes que habían mirado al mismísimo infierno, y señaló lo que había a mi lado. En un alucinado destello de comprensión supe el secreto de la maldición de Kralitz.

Llegó a mí el conocimiento, la terrible comprensión que cada barón Kralitz había recibido al ser iniciado en la hermandad de sangre. Supe... supe que jamás se había colocado ningún ataúd desocupado en las tumbas. Leí en el sarcófago de piedra a mis pies la inscripción que me hizo conocer mi destino: mi propio nombre: «Franz, vigésimo primer barón Kralitz».